

(12) PÁGINAS DE UN

EKLIPSE

EKLIPSE BATEN (12) ORRIALDE

Cuando la luna apaga el sol, los indios kayapó disparan flechas de fuego hacia el cielo, para devolver al sol su luz perdida. Los barí suenan tambores, para que el sol regrese. Los aymaras lloran, y a gritos suplican al sol que no los abandone. A fines del 94, hubo pánico en Potosí. Cayó la noche en plena mañana y quedó el cielo súbitamente negro y con estrellas. En aquel mundo helado de muerte, mundo del fin del tiempo, lloraron los indios, aullaron los perros, se escondieron los pájaros, y en santiamén se marchitaron las flores. Helena Villagra estaba allí. Cuando el eclipse acabó, ella sintió que algo le faltaba en una oreja. Un arete, un solcito de plata, se le había caído. Ella buscó al pequeño sol por los suelos, durante largo rato, aunque sabía que no iba a encontrarlo jamás.



Cuando fray Bartolomé Arrazola se sintió perdido aceptó que ya nada podría salvarlo. La selva poderosa de Guatemala lo había apresado, implacable y definitiva. Ante su ignorancia topográfica se sentó con tranquilidad a esperar la muerte. Quiso morir allí, sin ninguna esperanza, aislado, con el pensamiento fijo en la España distante, particularmente en el convento de los Abrojos, donde Carlos Quinto condescendiera una vez a bajar de su eminencia para decirle que confiaba en el celo religioso de su labor redentora. Al despertar se encontró rodeado por un grupo de indígenas de rostro impasible que se disponían a sacrificarlo ante un altar, un altar que a Bartolomé le pareció como el lecho en que descansaría, al fin, de sus temores, de su destino, de sí mismo. Tres años en el país le habían conferido un mediano dominio de las lenguas nativas. Intentó algo. Dijo algunas palabras que fueron comprendidas. Entonces floreció en él una idea que tuvo por digna de su talento y de su cultura universal y de su arduo conocimiento de Aristóteles. Recordó que para ese día se esperaba un eclipse total de sol. Y dispuso, en lo más íntimo, valerse de aquel conocimiento para engañar a sus opresores y salvar la vida. -Si me matéis -les dijo- puedo hacer que el sol se oscurezca en su altura. Los indígenas lo miraron fijamente y Bartolomé sorprendió la incredulidad en sus ojos. Vio que se produjo un pequeño consejo, y esperó confiado, no sin cierto desdén. Dos horas después el corazón de fray Bartolomé Arrazola chorreaba su sangre vehemente sobre la piedra de los sacrificios (brillante bajo la opaca luz de un sol eclipsado), mientras uno de los indígenas recitaba sin ninguna inflexión de voz, sin prisa, una por una, las infinitas fechas en que se producirían eclipses solares y lunares, que los astrónomos de la comunidad maya habían previsto y anotado en sus códices sin la valiosa ayuda de Aristóteles.



Nos metimos las manos en los bolsillos, sin querer, y la frente sintió el fino aleteo de la sombra fresca, igual que cuando se entra en un pinar espeso. Las gallinas se fueron recogiendo en su escalera amparada, una a una. Alrededor, el campo enlutó su verde, cual si el velo morado del altar mayor lo cobijase. Se vió, blanco, el mar lejano, y algunas estrellas lucieron, pálidas.

¡Cómo iban trocando blancura por blancura las azoteas! Los que estábamos en ellas nos gritábamos cosas de ingenio mejor o peor, pequeños y oscuros en aquel silencio reducido del eclipse.

Mirábamos el sol con todo: con los gemelos de teatro, con el anteojo de larga vista, con una botella, con un cristal ahumado; y desde todas partes: desde el mirador, desde la escalera del corral, desde la ventana del granero, desde la cancela del patio. por sus cristales granas y azules...

Al ocultarse el sol que, un momento antes, todo lo hacía dos, tres, cien veces más grande y mejor con sus complicaciones de luz y oro, todo, sin la transición larga del crepúsculo, lo dejaba solo y pobre, como si hubiera cambiado onzas primero y luego plata por cobre. Era el pueblo como un perro chico, mohoso y ya sin cambio. ¡Qué tristes y qué pequeñas las calles, las plazas, la torre, los caminos de los montes!

Platero parecía, allá en el corral, un burro menos verdadero, diferente y recortado; otro burro...

Patrikan sartu genituen eskuak, nahi Gabe, eta kopetak itzal freskoaren hegada fina sentitu zuen, pinudi itxi baten barrena egiten dugunean bezala. Oiloak beren eskaileraren babesera bildu ziren, banan-banan. Inguruan, zelaiek doluz jantzi zuten beren berdetasuna, aldare nagusiko errezel moreak babestuko balitu bezala. Itxasoa, urrutian, zuri ikusten zen, eta zenbait izarrek dizdiz egiten zuten, zurbil. Nola bihurtzen zuten haien zurtasuna etxeko teilatu-lauak! Han geundenok gauza zuhurrak edo ez hain zuhurrak esaten genizkion elkarri, txiki, ilun, eclipsearen isiltasun urri hartan.

Genuen guztiarekin begiratzen genion eguskiari: antxokiko primatikoeki, ikusmen luzeko betaurrekoareki, botila batekin, kristal ketu batekin; eta edonondik: begiratokitik, eskortako eskaileratik, bihitegiko leihotik, larraineko burdin-saretik, krital gorri bizi eta urdinetatik...

Unetxo bat lehenago, argiari eta urreari esker, gauzak bi, hiru, ehun bider handiago eta ederrago egiten dituen eguzkia ezkutatu zenean, ilunabarreko transizio luzerik gabe, den-dena bakarrik gelditu zen, pobre, eguzkiak, kobreaken truke, ontzak aldatu izan balitu bezala, eta zilarra ondoren. Herriak txakur txiki eta lizun baten itxura zuen, aldaketarik Gabe. Zein tristeak eta sein apalak kaleak, plazak, dorreak, mendiko bideak!

Platerok, han eskortan, asto gezurrezkoagoa zirudien, ezberdina eta marrazua; besto asto bat...



De nuevo me encontraba en un lío, en el más enredado de los líos... «¡Oigo pasos! ¡Ya vienen! ¡Si sólo tuviera un instante para pensar! ¡Diantre, ya lo tengo! Estoy salvado.» Veréis, se trataba del eclipse. Me vino a la memoria, en el momento crítico, que Colón, Cortés, o alguno de los conquistadores se había valido de un eclipse para salir de algún apuro en que se encontraba con los salvajes, y vi ahí mi oportunidad. Y ni siquiera sería un plagio, porque yo lo haría casi mil años antes que esa gente. Clarence regresó, cabizbajo, afligido, y me dijo: -Me di prisa para hacer llegar el mensaje hasta nuestro señor, el rey, e inmediatamente me llamó a su presencia. Se asustó hasta la médula, y ya se disponía a impartir órdenes para que fueseis liberado instantáneamente y fueseis vestido con finos ropajes y alojado como corresponde a alguien tan principal, cuando en ese momento llegó Merlín y lo echó todo a perder, porque persuadió al rey de que vuestra merced estaba loco y no sabía lo que decía. Hasta dijo que vuestras amenazas no eran más que pamplinas y desperdicio de saliva. Discutieron largamente, pero al final Merlín dijo socarronamente: «¿Y por qué no me ha dicho todavía cuál es su peligrosa catástrofe? Ciertamente porque no puede hacerlo». (...) Me dije que, sin duda alguna, mi eclipse me salvaría y además me convertiría en la persona más importante del reino, e inmediatamente mi mercurio dio un gran salto y desaparecieron todas mis preocupaciones. Me sentí el hombre más feliz del mundo. Incluso me sentía impaciente porque llegara el día siguiente, pues estaba deseoso de revelar mi jugada maestra y pasar a ser el centro del asombro y la reverencia de toda la nación. (...) Mientras los soldados me conducían a través del patio, el silencio era tan absoluto que si hubiese tenido los ojos



vendados habría creído estar en un desierto, cuando de hecho me rodeaban cuatro mil personas. No se percibía el menor movimiento entre aquella muchedumbre. Permanecían todos tan rígidos como estatuas de piedra, e igualmente pálidos, con el temor reflejado en todos los semblantes. La inquietud continuó mientras me encadenaban a la estaca. Continuó también mientras los troncos eran lenta y cuidadosamente apilados alrededor de mis tobillos, mis rodillas, mis muslos, mi cuerpo entero. Luego se produjo una pausa, acompañada de un silencio aún más profundo si cabe y a mis pies se arrodilló un hombre que sostenía una antorcha llameante. Los asistentes se empinaban para observar mejor, y al hacerlo se separaban de sus asientos sin darse cuenta. El monje levantó sus manos por encima de mi cabeza, elevó los ojos hacia el cielo azul y comenzó a pronunciar algunas palabras en latín. Continuó recitando en tono monótono durante algún tiempo, pero de repente se detuvo; miré entonces hacia arriba y entonces me di cuenta de que el monje se había quedado inmóvil, petrificado. Como siguiendo un mismo impulso, la multitud se levantó lentamente y se quedó mirando hacia el cielo. Seguí la dirección de sus miradas y vi, tan cierto como que dos y dos son cuatro, ¡que mi eclipse estaba comenzando! La vida volvió a hervir en mis venas. ¡Era un hombre nuevo! La franja negra se propagó poco a poco dentro del disco solar, mi corazón latía cada vez más de prisa, mientras los concurrentes y el sacerdote seguían mirando fijamente hacia el cielo, inmóviles. Sabía bien que sus miradas se volverían hacia mí en seguida. Cuando así ocurrió, estaba preparado: había adoptado de las actitudes más grandiosas de todo mi repertorio el gesto hierático, el brazo extendido señalando el sol. El efecto resultaba sublime. Una ola de estremecimiento recorrió la multitud. (...) Decid las condiciones que bien os parezcan, reverendo señor,



incluso la de compartir de mi reino si así lo deseáis, pero eliminad esta catástrofe, ¡salvad el sol! Mi suerte estaba asegurada. Hubiese aceptado su oferta en seguida..., pero no podía detener un eclipse; eso ya excedía mis posibilidades, de modo que solicité un plazo para considerarlo. El rey preguntó con vehemencia: -¿Cuánto tiempo, pero cuánto tiempo, buen señor? Tened piedad; mirad, cada vez se hace más y más oscuro. ¿Cuánto tiempo desea vuestra merced? -No demasiado. Media hora. Tal vez una hora. Se levantó un millar de patéticas protestas. No podía acallarlas, pues no lograba recordar cuánto tiempo dura un eclipse total. De todos modos, me encontraba bastante perplejo y quería reflexionar. Había algo en el eclipse que no acababa de entender y que me desconcertaba. Si no era éste el eclipse del cual yo tenía noticia, entonces ¿cómo saber si me hallaba en el siglo vi o si no era más que un sueño?



Para fecha de partida fijóse la mañana del 19 de julio, es decir, el mismo día siguiente al eclipse. No es necesario decir que Tomás Black acompañaría al sargento Long, y que uno de los trineos serviría para transportar su persona e instrumentos. Precisó es confesar que el digno astrónomo padeció extraordinariamente durante los días que precedieron al fenómeno tan anhelado por él. Las intermitencias de buenos y malos tiempos; la frecuencia de las brumas; la atmósfera unas veces cargada de lluvia, otras, de niebla; la inconstancia del viento, que no acababa de fijarse en ningún punto preciso del horizonte inquietábale con razón. No comía, ni dormía, ni vivía. Si durante los escasos minutos que había de durar el eclipse el cielo se cubría de vapores; si el astro de la noche y el del día se ocultasen tras un opaco velo; si él, Tomás Black, enviado expresamente para observar la corona luminosa y las protuberancias rojizas, no lograse cumplir su cometido, ¡qué contrariedad! ¡qué chasco! ¡qué lástima de fatigas tan infructuosamente sufridas! ¡qué dolor de peligros con tanta intrepidez desafiados! —¡Venir tan lejos para ver la Luna —exclamaba con acento cómico—, y tenerse que marchar sin verla! ¡No! ¡no podía acostumbrarse a semejante idea! En cuanto obscurecía, trepaba el digno sabio a la cumbre del promontorio y escudriñaba el cielo. No tenía ni siquiera el consuelo de poder contemplar la rubia Febé en aquellos momentos; porque sólo faltaban tres días para el novilunio, y acompañaba, por consiguiente, al Sol en sus revoluciones alrededor de la Tierra, no permitiendo ver su melancólica faz los deslumbrantes fulgores del astro rey.

La oscuridad del eclipse fue acentuándose, el mar sombrío se cubrió de parda neblina y sobre los acantilados de la costa la espuma de las olas saltaba, no blanca y ligera, sino agrisada y densa como la imagen de la tristeza. A mi alrededor el mundo de animales que me tienen por Providencia se agrupaba, sorprendido por tan pronto anochecer, y me pedían con píos arrullos y cacareos la última comida para recogerse en los nidos. Mis perros, tendidos a mis plantas, me miraban con ojos de asombro y la turba de pájaros, predilectos huéspedes de mi hogar, se acomodaba en sus árboles favoritos para pasar lo que todos creían próxima noche. Entonces, cuando más sombrío y tétrico se mostraban el monte y el mar, no sé si de las profundidades de mi memoria, o venida del mundo ignorado que principia más allá de la muerte, surgió una figura austera, emanando de sí la grandeza de la ancianidad sabia.

Llegaba de muy lejos, de los siglos en que la humanidad, balbuceando todavía los primeros vagidos de la infancia, no concebía nada que no fuese leyenda o cuento, cuanto más absurdos e incomprensibles, más fácilmente creídos.

Con airado ademán modulaba la sombra esas imprecaciones sublimes que todos los justos y los sabios lanzan al infinito al sentir sus almas burladas por el error grosero, el odio ignorante y el brutal instinto.

¿Qué es esto? ¿Es imposible que aquella casta sacerdotal erigida en árbitro de mis contemporáneos, a los cuales mandaba y oprimía con cinto de hierro, se haya amansado de tal modo que acuda sumisa a deponer su autoridad en el concurso donde los sabios analizan y descubren?

¡Aquella soberbia jerarquía que formaba la Iglesia católica, poseedora ella sola de la verdad, que lo tenía hecho, desde el Sol, hoguera encendida para el solo fin de calentar al hombre, desde el cielo, sólido y firme como cáscara de la Tierra y alfombra del paraíso, hasta el pobre mapa terrestre cuyos estrechos límites morían para entrar en la sombra, al occidente de las islas de Cabo Verde y en Asia al oriente! ¡Aquella omnipotente Iglesia, en donde se encerraba la única sabiduría como delegada que era de la revelación, la cual había unido a una cosmogonía completamente fantástica todo el destino de la humanidad, de tal modo que no había más remedio que estar con ella en todo, o contra ella en todo!...

¡Aquel poder formidable, henchido de todas las autoridades que la ignorancia y las concupiscencias le habían entregado, haciéndola soberana indiscutible y armándola con los instrumentos atormentadores de las almas y de los cuerpos!

¡Aquella Iglesia que me hizo arrodillar y, con amenazas de muerte sobre mi naturaleza de anciano, me arrancó una retracción clara y precisa de todo cuanto mi sabiduría hubo descubierto como exacta constitución del mundo!...

¡Aquella Iglesia, mandando súbditos suyos a fijar humildes su mirada en los cielos que, siendo tal como yo los había explicado, todavía ofrecen infinitos misterios a la inteligencia de los hombres!...

¿Cómo es que admite, como verdad innegable, el movimiento de rotación terrena y el Sol fijo en el centro de todos los planetas y arrastrándolos a todos en vertiginosa carrera por las soledades del espacio?

¿Cómo consiente que la Tierra, la única, la morada de Dios, recreo de Él, creada solo para el hombre, sea una de las incontables moradas del cielo, pequeña y mísera, ladeada sobre su plano de rotación, como si aún no



supiera andar derecha por los campos estelares, morada que no es la última, pero que no es la primera y menos la única, del enjambre que cuenta el universo?

Y si se consiente interpretar con la clave de la ciencia y de la razón aquellos libros que la soberana llamó sagrados e indiscutibles, entonces... ¿a qué mis tormentos?, ¿a qué el tormento de los que me precedieron y siguieron en los espléndidos caminos de la sabiduría?

¡El Vaticano mandando a uno de sus astrónomos a investigar el Sol, su ser y sus modos de ser!... ¡Ah! ¡La losa de mármol donde quedaron las huellas de mis rodillas deber saltar en pedazos estremecida al escuchar la nueva! ¡Ah! ¡La infatigable, la omnipotente, la que cerró con el anatema y el tormento todos los caminos de investigación a la razón humana y se plantó erguida e inmóvil en el dintel de los siglos, negando toda verdad que no emanase de ella, manda hoy sin corte, sin ejércitos, sin realeza ninguna, a uno de los suyos para que fije su pupila en el telescopio y entregue después, en los laboratorios de la ciencia, sus investigaciones!...

¿Y mis lágrimas y mis sufrimientos de vencido siendo el fuerte? ¿Y la sangre que a torrentes, antes y después de mi vida, corrió de las venas humanas en holocausto de la verdad, cruelmente perseguida por la Iglesia?...

¡Ah, humanidad! ¿Cuándo madurará tu cerebro? ¿Cuándo se erguirá tu corazón y dejarás de verter la última gota de sangre por ídolos y leyendas?

* * *

La sombra de Galileo huyó hacia el cielo; el sol volvió a brillar y allá, en la costa del Mediterráneo, el delegado astrónomo del Vaticano, sin corte, sin ejército, sin realeza alguna, recogería sus instrumentos y sus anotaciones, ¡granos de arena en la montaña que la sabiduría levanta a la ciencia!



¡Ay de la Iglesia si así no lo hiciera! Su instinto de conservación no la engaña; si quiere prolongar su agonía hay que tragar el medicamento que arrojó con desdén en sana salud. Los más violentos, los más soberbios son los que imploran más humildemente a cuantos les rodean cuando se sienten moribundos.

¡Pero los siglos han pasado! Que mire o que no mire por el telescopio, la vida marcha majestuosa a través de lo eterno, dejando en pos de sí todo lo perecedero; en el planeta se empiezan a descifrar los signos de la verdad, comienza la humanidad a tener conciencia de sí misma y los cuentos pierden su encanto y las leyendas se desvanecen. Si esta especie no basta, surgirá otra, que todavía no pasó la edad juvenil de la Tierra y nuestro blanco Sol encierra aún gérmenes de creaciones incontables.

¡Llegará, sí, llegará la edad adulta para los habitantes del planeta!, y entonces... ¡sombras augustas que fijasteis en vuestra morada terrenal los jalones del camino para encontrar la verdad, la justicia y el amor, el resplandor de vuestra memoria iluminará, sin eclipses, el cielo de la inteligencia racional!...



Desde detrás de mi visor, el cielo se ve completamente negro; luego las nubes se apartan y puedo ver el sol, brillando atenuada pero claramente a través del polímero negro. En la parte de arriba se observa el mordisco de la luna, que se abre paso frente a su primo mayor. Gradualmente, la muesca en la circunferencia del sol aumenta, hasta que un astrónomo muy amable me dice que el eclipse ha llegado a su máximo nivel. Me ofrece echar un vistazo a través de su telescopio solar, enfocado directamente al sol. La imagen de la turbulenta estrella está invertida y la sección oscura está ahora en la parte de debajo de su fogoso círculo. Puedo ver claramente un fenómeno que el hombre me informa de que se denomina filamento: un surtidor de gases todavía más calientes que emerge en forma de arco de su superficie y se adentra en el espacio como un tentáculo. La luna es un párpado púrpura que por una vez no refleja la luz del fuego del cielo del que todos dependemos, sino que la oculta.



El amanecer borraría esas nubes antes de que comenzara el eclipse. Condujimos sin rumbo hasta que llegamos a una sucesión de colinas abiertas. Dejamos a tras la autopista, nos abrigamos y subimos a pie por una de ellas.

La colina tenía unos ciento cincuenta metros de altura. Estaba cubierta de hierbas muertas durante el invierno que nos llegaban por la rodilla. Ascendimos con paradas de vez en cuando, sudando a pesar del frío; por la ladera, nos cruzamos con grupos de gente muy abrigada que montaba telescopios y trasteaba con cámaras. La cima de la colina despuntaba en medio del cielo. Nos arrebujamos en nuestras bufandas y miramos alrededor.

Al este se alzaba otra colina como la nuestra. En medio, más abajo, la autopista discurría por el valle hacia el sur. Era el valle Yakima; nunca lo había visto. Tiene fama por su belleza, como todos los valles hortícolas. Se extendía por el sur hasta el horizonte, el remoto sueño de un valle, un Shangri-La, con sus centenares de huertos con pendientes doradas. Entre ellos, pueblos, carreteras, campos labrados y en barbecho. Por él vagaba un riachuelo brillante desde el que se extendían delgadas acequias congeladas. La distancia difuminaba y teñía de azul la vista, de modo que el valle entero parecía una capa, un sedimento en el fondo del cielo. Justo detrás de nosotros había más cielo, tierras bajas baldías, azuladas por la distancia, y el monte Adams, un enorme cono volcánico cubierto de nieve con la cima plana, como gran parte del paisaje que nos rodeaba.

Ya había salido el sol. No lo veíamos, pero por detrás de la banda de nubes el cielo estaba amarillo y, a lo lejos, algunos de los huertos de la ladera estaban iluminados. Había más gente aparcando cerca de la autopista y subiendo por las colinas. Así era el Oeste. Todos, individualistas acérrimos, llevábamos gorros de lana y anoraks azules de nailon. La gente subía por las colinas cercanas e instalaba tenderetes entre la hierba muerta. Parecía que nos habíamos reunido en lo alto de las colinas para rezar por el mundo en su último día. Parecía que hubiéramos descendido de unas naves espaciales y nos prepararíamos para tomar el valle. Parecía que nos hubiéramos desperdigado por las cimas al amanecer para sacrificar vírgenes, provocar la lluvia, erigir estelas de piedra en círculo. Nada quedaba al abrigo del viento. Las hierbas nos azotaban las piernas.

Encima de nosotros el aire era de un amarillo apagado. Hacia el oeste, el cielo era azul. El sol despejaba ya las nubes. Proyectábamos sombras escabrosas sobre la hierba agitada; congelados, sacudíamos los brazos. Cerca del sol, el cielo era brillante e incoloro. No había nada que ver.

Comenzó sin previo aviso. Resultaba raro que aquel acontecimiento público tan anunciado no contara con un pistoletazo de salida, con una obertura, con un presentador. En ese momento yo ya debí saber que me encontraba fuera de lugar. Sin pausa ni preámbulo, siliente como las órbitas, un trozo de sol desapareció. Lo miramos a través de unas gafas de soldador. Faltaba un pedazo de sol, en su lugar, veíamos cielo raso.

Ya había visto un eclipse parcial en 1970. Los eclipses parciales son muy interesantes, pero apenas guardan relación con los eclipses totales. Un eclipse parcial y un eclipse total tienen en común lo mismo que besar a un hombre y casarse con él, lo mismo que volar en un avión y tirarse de él. A pesar de que una experiencia precede a la



otra, la primera no te prepara para la segunda. Durante el eclipse parcial el cielo no se oscurece, ni siquiera cuando el noventa y cinco por ciento del sol queda oculto.

Tampoco el sol, incoloro a través del sistema de protección, parece terriblemente extraño. Todos hemos visto un rayo de luz en el cielo; todos hemos visto la luna creciente durante el día. Sin embargo, durante el eclipse parcial el aire se enfría, como si alguien se colocara entre el fuego y tú. Y los mirlos regresan a sus lugares de descanso. Yo ya había visto un eclipse parcial.

Lo que ves durante un eclipse es completamente distinto de lo que sabes que ocurre, sobre todo para quienes poseemos conocimientos de astronomía tan escasos – adquiridos con una linterna, un pomelo, dos naranjas y quince años– que seguimos sin saber hacia qué lado debemos ajustar las manecillas del reloj el día que cambia la hora. Por lo general, hace falta cierta picardía para que el conocimiento no nos ciegue, pero durante un eclipse es fácil. Lo que ves es mucho más convincente que cualquier teoría descabellada que conozcas.

Tal vez leas que la luna tiene algo que ver con los eclipses. Yo hasta ahora no la he visto. No ves la luna. Está tan cerca del sol que se vuelve invisible, como las estrellas durante el día. Lo que ves ante tus ojos es el sol que pasa por distintas fases. Se estrecha cada vez más, como la luna menguante y, al igual que ésta, se desplaza en solitario por un cielo llano. Por supuesto, el cielo queda en segundo plano. No parece que se coma al sol, sino que está por detrás. El sol reduce sin más; de manera gradual, ves menos sol y más cielo.

El azul del cielo se acentuaba, pero no había rastro de oscuridad. El sol tenía la forma creciente de un gajo de mandarina. El viento refrescaba y soplaba incesante sobre la colina. Al este, la colina del otro lado de la autopista se oscurecía y afilaba. Los pueblos y huertos del valle que se



extendían hacia el sur se diluían con la luz azul. Sólo el riachuelo conservaba una pizca de sol.

(...)

Me volví hacia el sol. No estaba. El sol había desaparecido y el mundo era irreal. La hierba era irreal, era de color platino. El más mínimo detalle de cada tallo, de cada flor, de cada espiga brillaba sin luz, con una nitidez artificial, como la platinotipia de un fotógrafo. Jamás se había visto semejante color en la tierra. Las tonalidades eran metálicas; el acabado, mate. La ladera era una fotografía coloreada del siglo XIX que se había desvaído. Todas las personas que ves en la foto, definidas y detalladas como sus rostros, ya están muertas. El cielo era azul marino. Mis manos, plateadas. Las hierbas lejanas de la colina eran sutiles hilos metálicos inclinados por el viento. Estaba observando una película en color desteñida y rodada en la Edad Media; por algún tipo de error, yo aparecía en ella. Estaba saliendo en una película de aires campestres grabada en el Edad Media. Añoraba mi siglo, a la gente que conocía y la luz real del día.



Más páginas sobre eclipses
Eklipseei buruzko orrialde gehiago

Autoría · Egiletza	Título · Izenburu
Abish, Walter	<i>Cautivos del eclipse</i>
Allen, Woody	<i>El Conde Drácula</i>
Asimov, Isaac	<i>Anochecer</i>
Attlee, James	<i>Nocturno: un viaje en busca de la luz de la luna</i>
Blyton, Enid	<i>El secreto de la montaña</i>
Bolaño, Roberto	<i>Comedia del horror de Francia (incluida en Sepulcro de vaqueros)</i>
Bolesław Prus	<i>Faraón</i>
Bourgeon, François	<i>Los compañeros del crepúsculo Tomo II. El eclipse azul</i>
Clarke, Arthur C.	<i>El tránsito de la Tierra</i>
Dario, Rubén	<i>Opiniones (1906)</i>
Deteindre, Stephane	<i>Pequeños eclipses</i>
Dillard, Annie	<i>Enseñarle a hablar a una piedra</i>
Galeano, Eduardo	<i>El eclipse (en: Bocas del tiempo)</i>
García Márquez, Gabriel	<i>De amor y otros demonios</i>
Gisbert, Joan Manuel	<i>La noche del eclipse</i>
Haggard, H. Rider	<i>Las minas del Rey Salomón</i>
Hayden, Sterling	<i>Viaje: Una novela de 1896</i>

Autoría · Egiletza	Título · Izenburu
Hergé	<i>Tintín: El templo del Sol</i>
Jiménez, Juan Ramón	<i>Platero y yo</i>
King, Stephen	<i>Dolores Claiborne</i>
King, Stephen	<i>El juego de Gerald</i>
Lawrence, T.E.	<i>Los siete pilares de la sabiduría</i>
López, Nando	<i>Por qué tiene que ser todo tan difícil</i>
Meyer, Stephenie	<i>Eclipse (Saga Crepúsculo)</i>
Mircala, Jack	<i>Eclipse en Malasaña: una zarzuela negra</i>
Monterroso, Augusto	<i>El Eclipse</i>
Moore, Brian	<i>Ropa negra</i>
Nesbø, Jo	<i>Eclipse (Harry Hole 13)</i>
Patterson, Richard North	<i>Eclipse</i>
Theroux, Paul	<i>Las islas felices de Oceanía</i>
Twain, Mark	<i>Un yanqui en la corte del rey Arturo</i>
Vega, Mercedes de	<i>Bajo la luz del eclipse</i>
Verne, Julio	<i>El país de las pieles</i>

Kontsultatu maileguan
hartzeko aukera
Liburutegi Sarearen
katalogoan:

Consulta disponibilidad
para préstamo en
el catálogo de
Red de Bibliotecas:

**Catálogo
Katalogoan**

(12) PÁGINAS DE UN

EKLIPSE

EKLIPSE BATEN (12) ORRIALDE



Eklipse



NAVARRA † **NAFARROA**

Una forma de funcionar | Our own way | Gauzak egiteko dugun modua